

CINCO ARTICULOS

SOBRE LA DEVALUACION MONETARIA

POR

LUIS MONTES DE OCA

INDICE

	Pág.
I.—Nuestra balanza de pagos	5
II.—La economía de ilusiones	11
III.—El significado del gasto público	17
IV.—Las devaluaciones en cascada	23
V.—Una moneda menos insegura	29

MEXICO, D. F.

1954

I

*NUESTRA BALANZA DE PAGOS **

Era de esperarse que la devaluación monetaria de abril suscitara mucha discusión pública por la gran significación política que tiene el nivel de la moneda. Después de transcurridos tres meses de azoro, vehemencia y recriminaciones, nos rodea un ambiente de mayor tranquilidad para analizar objetiva, serena y francamente esta desvalorización, así como sus antecedentes causales y la evolución que experimenta después el fenómeno. Tal cosa nos dejará mirar los acontecimientos ligados con este paso de nuestras autoridades hacendarias a través de una luz más clara, no obstante que todo sea ya un hecho consumado.

La nación recibió una doble sorpresa por lo repentino de la medida y en virtud de que no tuvo preferencia el control de cambios, a pesar de que todo mundo supuso que dicha providencia sería aconsejada por las personas de tendencias colectivistas que han tenido influencia en el gobierno. Tales hechos dieron motivo para que se abriera una controversia en los periódicos, en la cual hubo aciertos y buenas razones; demagogia e improvisación, y a la vez manifestaciones de optimismo y de pesimismo casi nunca bien fundadas. Parte

* Publicado en *Excelsior* con fecha 12 de Agosto de 1954.

de estos debates e intervenciones nos recordaron una ironía corriente de principios del siglo, que actualizada se podría formular así: cuando la moneda baja, las ideas descabelladas suben.

La voz oficial explicó que “un desequilibrio fundamental en nuestras cuentas exteriores” fue causa del descenso de la reserva metálica durante el primer semestre de 1953, y que la nueva paridad está apoyada por 300 millones de dólares en la reserva y a disposición del Banco de México, lo cual ha de permitir que se conserve el nuevo tipo de cambio y se restablezca el equilibrio de la balanza de pagos; que fomentará las exportaciones y los renglones invisibles que proporcionan influjo de divisas y desalentará la importación de toda clase de mercancías. Y agregó que las nuevas condiciones quedarán afianzadas con medidas administrativas posteriores, que alejarán, si acaso no eliminan, cualquier futuro deterioro de la balanza de pagos.

Por consideraciones de intercambio comercial con el extranjero juzgó la misma voz oficial que fué oportuno el momento para devaluar, porque “de no presentarse cambios extraordinarios en la economía internacional” habría sido necesario modificar el tipo de cambio algún tiempo después, con el inconveniente de exponerse a sufrir una pérdida mayor de la reserva metálica y el inútil sacrificio resultante.

Estas declaraciones de las autoridades financieras y monetarias asignan el origen inmediato y directo de la desvalorización del peso a la balanza de pagos, y de este modo ponen de relieve el hecho de que los países insuficientemente desarrollados están ávidos de importar lo que llene sus necesidades más imperativas y las que les permitan acelerar su progreso. La satisfacción de necesidades tan imprescindibles ocasiona la constante depreciación de la moneda nacional frente a las extranjeras, y tal cosa supone que la depreciación inducida por la balanza de pagos tiene bases

orgánicas y que si no se extirpan los defectos de que adolece será absolutamente irremediable.

En este orden de ideas existe muy generalizada la opinión de que se requiere una balanza de pagos favorable —excedente de dólares importados sobre los exportados— para mantener condiciones saludables a la moneda, y de que la nación que registra una balanza de pagos adversa —excedente de dólares exportados sobre los importados— no está en aptitud de sostener en forma permanente el valor de su signo de pago. Esta opinión enfoca los aspectos superficiales del problema únicamente, porque si pudieran seguirse las alteraciones del peso frente al dólar, en la diaria secuencia de las operaciones de cambio, se pondría de manifiesto en cualquier instante que el estado de la balanza de pagos es lo que determina la oferta y la demanda en el mercado de divisas.

Pero antes de llegar a conclusiones debe preguntarse, ¿qué determina el estado de la balanza de pagos en un momento dado? Vamos a convenir en que el tipo de \$8.65 era la expresión adecuada de la paridad del poder adquisitivo recíproco entre las dos monedas cuando se fijó el cambio a mediados de 1949. Se podía en tal caso adquirir la misma cantidad de mercancías con Dls. 10 y con \$86.50 en México o en los Estados Unidos indistintamente. Esta situación habría continuado sin cambiar si los habitantes de ambos países no hubieran aumentado su ingreso nominal a consecuencia de emisiones abundantes de unidades monetarias. En el caso del país en que dicho ingreso aumentó más aprisa, los residentes de este último tuvieron suficiente dinero para comprar mercancías en otros países con facilidad, y en el ejemplo que nos ocupa se reunió la condicional adicional de que los Estados Unidos son un país que desea exportar sus excedentes de producción, mientras que nosotros somos un pueblo que por tener exceso de consumo se ve impulsado a comprar más de lo que vende cuando hay moneda en harta dosis para exportarla.

Si en los últimos cinco años los mexicanos hubiéramos producido medios de pago con menos liberalidad, nuestro consumo de mercancías nacionales y extranjeras se habría restringido, y las exportaciones habrían aumentado, en el primer caso, y las importaciones decrecido, en el segundo. La balanza de pagos habría conservado su equilibrio como resultado de que las importaciones se pagan en la medida que lo permiten las exportaciones, pues cuando no hay moneda redundante desaparece la posibilidad de importar continuamente por arriba del monto de lo que se vende en el exterior. En tales circunstancias se prescinde hasta de las mercancías más indispensables.

En la evolución del fenómeno que conduce a elevar el tipo de cambio extranjero se notarían a cada minuto las variaciones de la relación entre las dos monedas, como en el caso de la oscilación de los precios de las mercancías y servicios, si no fuera por la intervención de la reserva cambiaria, que mantiene oculta por algún tiempo la pérdida gradual del poder adquisitivo de una de las monedas frente a las otras. Y como mantener fijo el tipo de cambio equivale a conceder un subsidio por cada dólar o divisa que se compra al instituto central, la continua acumulación de tal pérdida llega a poner en peligro la reserva y la obliga a capitular. En este momento surge otra paridad en consonancia con el nuevo poder adquisitivo recíproco entre la moneda nacional y las extranjeras, y se declara que ha ocurrido una devaluación.

Si todo lo anterior es verdad, brota muy clara la respuesta que debe darse a la pregunta que hemos dejado pendiente, de qué determina el estado de la balanza de pagos en un momento dado. El estado negativo de la nuestra es efecto del aparato inflacionario que hemos construido, más potente que el norteamericano. Se despeja así el problema: la inflación monetaria que ha vivido México es la causa original de la perturbación registrada en el tipo de cambio.

Por eso extraña que nunca se mencione la palabra inflación en el lenguaje gubernamental, que hace pensar en un olvido increíble o en un complejo de culpa. La muralla de silencio que se ha levantado sistemáticamente en torno del verdadero origen de la escasez, de los altos precios y de las devaluaciones, llegó al extremo de sostener argumentos inverosímiles en los fundamentos de la Ley de Facultades al Ejecutivo Federal en Materia Económica, en la cual la guerra de Corea y los especuladores sirvieron de comodín para implantar el sistema de precios máximos. La nación que se vió envuelta en la contienda bélica de aquella lejana península suprimió los controles al terminar la guerra, y nosotros los conservamos aún sin haber participado en ella.

Nada es tan fácil para formarse un criterio de la relación de causa a efecto que existe entre las ampliaciones de la circulación monetaria, computada en billetes, moneda acuñada y depósitos bancarios, y los saldos negativos de nuestra balanza comercial, como hacer un cotejo entre unas y otros mediante las cifras que damos enseguida: en diciembre de 1940 la circulación era de \$1,106 millones y de \$2,720 y \$3,591 millones en 1943 y 1945, respectivamente. Al finalizar 1946, concluyó en \$3,400 millones.

Los deficientes más cuantiosos de la balanza de comercio en ese período presidencial fueron de Dls. 96.4 millones en 1945 y de Dls. 271 en 1946, y como resultado de la triplicación del medio circulante, de Dls. 300 millones en 1947. Durante la Segunda Guerra Mundial estuvo restringida la posibilidad de importar, y sólo después de la reconversión en los Estados Unidos pudimos hacerles compras diferidas en alta escala. No obstante que los renglones invisibles y otros capítulos productores de divisas alcanzaron en esos años cantidades ciertamente elevadas, las balanzas de pagos durante el mismo período fueron adversas y provocaron pérdidas de consideración en la reserva metálica. El proceso inflacionario que revelan las cifras de la circulación arriba incluídas,

dió lugar a estos trastornos y llevó, finalmente, a la devaluación de 1948-49.

En junio de 1949 se fijó un nuevo tipo de cambio teniendo el país una circulación de \$3,930 millones, la cual en diciembre de 1952 ascendió a \$7,187. Este rápido incremento de moneda se reflejó otra vez en la balanza comercial, que arrojó deficientes de Dls. 312 millones y Dls. 213 en 1951 y 1952, respectivamente. El peso de tal carga monetaria, engrosada ésta con el incremento de la circulación ocurrido en 1953, desniveló el saldo del comercio exterior ese año en Dls. 274 millones. Se importaron dólares procedentes de los renglones invisibles para compensar estas pérdidas, en particular de los turistas que visitaron nuestro país durante 1951, 1952 y 1953; y efecto igual tuvieron en dicho lapso los dólares importados de capitales y préstamos extranjeros y de otras fuentes. Esta clase de préstamos tienen de común con las exportaciones la circunstancia de que son veneros de divisas. Sin embargo, debido al excedente monetario no se pudo impedir el desequilibrio de la balanza de pagos, el cual debe haber aumentado mucho durante los tres primeros meses del corriente año y quebrantado fuertemente la reserva cambiaria.

Después de hacer el examen de las raíces del problema, se llega a determinar que no son las condiciones raquílicas de nuestra producción, ni la pobreza del país, ni la baja del precio de los artículos exportables, ni la especulación o la fuga de capitales, los factores inmediatos que hacen subir el tipo de cambio. El análisis de los economistas ha dado su veredicto en el sentido de que la causa directa es la inflación. Cuando ésta perdura, resultan inútiles las medidas que se toman para impedir que nuevamente baje el valor de la moneda nacional en términos de las extranjeras. Y no se requiere adoptar medida alguna cuando se frena la tendencia inflacionista.

II

*LA ECONOMIA DE ILUSIONES **

Las consecuencias de una devaluación monetaria se reflejan en todas las actividades económicas con diversa intensidad, y crean para éstas un mundo diferente del que viven en régimen de moneda sana y estable. Muchas personas suponen que de ahí nace una sarta de ventajas para la economía, desde el mejoramiento de los elementos positivos y negativos del comercio exterior hasta los beneficios que reciben los deudores a expensas de los acreedores.

Pero cuando los analistas de estas situaciones monetarias han sometido las ventajas que se juzgan más importantes a un escrutinio cuidadoso, descubren que hay en ellas más ilusiones que realidad, y sacan la conclusión de que las devaluaciones no son un remedio universal ni tampoco una medida económica recomendable. Deben considerarse como expediente necesario para aliviar una economía que se halla en condiciones patológicas, de las cuales no se puede inculpar muchas veces a las personas que tienen que devaluar.

Conceptos hoy día confusos en la imaginación de cierto público que se interesa en esta clase de problemas pueden disiparse con sólo tener presente que por medio de la moneda

* Publicado en *Excelsior* con fecha 13 de Agosto de 1954.

se hace el intercambio, que toda mercancía tiene un precio expresable en moneda y que la cantidad de mercancías que se dan por ella constituyen su "precio". Tal explicación facilitará poner en claro que las devaluaciones y el alto costo de la vida no prueban un encarecimiento de las divisas ni de las mercancías, sino una reducción del poder adquisitivo del signo de pago, el cual pierde las características de una moneda firme y adquiere las de una moneda barata. Dicho en forma más precisa, la moneda tiene en este caso un "precio" más bajo que anteriormente.

La condición aparente que de fenómeno repentino tienen las devaluaciones origina un desajuste entre salarios, precios y moneda. Esta apariencia procede del hecho de que se hace pública la pérdida del poder adquisitivo del medio común de pago de la noche a la mañana, cuando capitulan las reservas cambiarias; entonces la diferencia entre la nueva paridad y la inmediata anterior, motivo del desajuste señalado, da lugar a la creación de situaciones favorables en ciertas actividades de la economía, cuyas transitorias ventajas hacen pensar a políticos, gobernantes y economistas que son ventajas reales y permanentes.

El mundo de la moneda barata es el ambiente propio de una economía de ilusiones creada por la inflación monetaria. Se produce en él, según los panegiristas de las devaluaciones, un estímulo poderoso que anima la producción agrícola e industrial a causa del alza de los precios, los cuales a su vez llenan el indeseado propósito de frustrar los planes que persiguen abaratar la vida. Lo comprueba la circunstancia de que el gobierno actual inauguró su gestión enarbolando la bandera de guerra contra la carestía a fin de lograr que el maíz, el frijol, la manta, la mezclilla y el percal estuviesen más cerca del alcance de las masas. Pero la finalidad de abatir el costo de la vida se desvirtúa cuando baja el "precio" de la moneda, como aconteció igualmente durante el sexenio anterior, en que la política inicial del gobierno es-

tuvo encaminada a reducir la carestía y por una paradoja inexplicable terminó contribuyendo a elevarla sensiblemente.

De tan incontestable antinomia, en la que juegan dos objetivos antitéticos, se desprende una inconformidad pública que los gobiernos tratan de calmar a todo trance, y en tal conflicto acogen ideas puestas de antemano lejos de la realidad. Con ellas tratan de contrarrestar a los supuestos culpables de las condiciones creadas, acaparadores y comerciantes, y para tal fin han dado a luz remedios de tan probada ineficacia como los mercados populares, la distribución de mercancías a bajo precio y los subsidios; los sistemas de precios máximos con el inevitable séquito de multas, clausuras, penas corporales y demás intervenciones policíacas, que son paliativos muy precarios y que abultan considerablemente las proporciones del fracaso del control ante los ojos de las personas a quienes se ha tratado de beneficiar con él.

Se había creído posible mantener fijos los salarios nominales de las personas que prestan su fuerza de trabajo, y que uno de los efectos de la devaluación monetaria era reajustar la relación de la moneda y los precios al nivel de los jornales, como había venido repitiéndose en los países muy industrializados. La baja de la primera y el alza de los segundos —que son parte del mismo fenómeno— aseguraban la conservación de la tasa nominal de los terceros. Esta baja de los salarios reales no puede realizarse si los trabajadores obtienen una elevación general de sus jornales; en tal caso la relación de la moneda y los precios queda sujeta al nivel de aquéllos, y la vuelta de los salarios reales al nivel que tenían con anterioridad a la devaluación tiende a provocar condiciones semejantes a las que orillaron a devaluar, si no se pone coto a la emisión de monedas excedentes.

Retrotraer los hechos ocurridos durante las devaluaciones que antecedieron a la última permitirá ver la evolución del fenómeno. Entonces se realizó la nivelación de los salarios paulatinamente, y permitió que durara un tiempo más

prolongado el desajuste entre salarios, precios y moneda, con lo cual aconteció precisamente aquello que la devaluación ofrece como ventaja; ventaja en el concepto de quienes han utilizado este medio para obtenerla. No sucederá ahora lo mismo por el sincrónico reajuste que está operándose en el país en materia de jornales, lo cual tiene que originar situaciones iguales a las que prevalecían en los comienzos del mes de abril último, y como el nivel de precios seguirá una trayectoria paralela conducente a su pronto y completo reajuste, la decantada ventaja en este capítulo, como puede apreciarse, resulta temporal únicamente.

No hace mucho tiempo era considerada todavía como alivio para las capas económicamente débiles la reducción de las deudas, en términos de la moneda que originalmente recibieron en préstamo los deudores. Tal reducción pasaba por hecho indefectible en los casos en que la moneda disminuye su poder adquisitivo, y se reflejaba adversamente sobre los acreedores ricos y benéficamente sobre los deudores pobres. La realidad presenta un panorama diferente, sin embargo: no todos los deudores son personas económicamente débiles ni todos los acreedores personas económicamente fuertes. La verdad de este fenómeno en el plano de las finanzas de la vida contemporánea ocasiona vitales quebrantos a las inversiones de numerosísimos acreedores que han adquirido papel del gobierno y bonos, cédulas hipotecarias, títulos de capitalización, pólizas de seguros y otros bienes mobiliarios de renta fija.

Dichas inversiones provienen de los ahorros de pequeños rentistas cuyo patrimonio experimenta una baja en el tipo real del interés y una pérdida de parte del principal que dieron en crédito. Este menoscabo desalienta el espíritu de ahorro y agosta la fuente de las inversiones que hacen las empresas dedicadas a capitalizar esas módicas economías. Como se nota, los cálculos de las personas que han asegurado que la depreciación monetaria favorece a los deudores

pobres en detrimento de los acreedores ricos tampoco se realizan; cuando menos no se realizan con entera amplitud.

En otro campo es posible cerciorarse de que los desajustes que provienen de la variación repentina del valor de los signos de pago llegan a modificar efectivamente los resultados del comercio exterior. En virtud de que los costos en moneda barata estimulan la demanda de artículos exportables y de que un precio más alto de las mercancías extranjeras obliga a restringir su consumo, la balanza de pagos tiende a nivelarse. En estas condiciones los habitantes del país que ha depreciado la moneda reciben menos por lo que venden fuera y pagan más por lo que compran, como le ocurriría a México al dar una mayor cantidad de pacas de algodón o un más elevado número de quintales de café a cambio de materias primas y maquinaria del mismo valor que antes de la devaluación adquiriría en el exterior.

Similares efectos registran las corrientes positivas y negativas de los renglones invisibles que se relacionan con el turismo, porque se alienta el movimiento de los visitantes extranjeros y se limita la salida de viajeros fuera del país. Se establece un contraste con este proceso en el caso de los capitales y las inversiones internacionales, que se retraen y esperan y, por otro lado, se encarecen el servicio de las deudas contraídas en divisas y el pago de los réditos y dividendos que deben exportarse en la misma especie.

En el mundo de la moneda barata flota un espíritu expansionista. Por más que al comienzo no se percata el público de las consecuencias distantes y se muestra jubiloso ante el espectáculo de una actividad económica más que todo engañosa, los resultados infalibles de tal política sobrevienen más tarde, y el consumo de gran parte de la población se restringe automáticamente; no se puede impedir que aumenten los salarios, los demás factores de costo y los precios, y que todos ellos recuperen el nivel proporcional que tuvieron en el período anterior al cambio de paridad. Los dos térmi-

nos del comercio internacional regresarán a sus condiciones anteriores y desaparecerá el equilibrio de la balanza de pagos.

Todas las ventajas aparentes han sido temporales. El reajuste que se opera en la estructura económica de la comunidad impone nuevas medidas monetarias de signo igualmente negativo, salvo que en el intermedio se hayan introducido transformaciones positivas en la política económica.

III

*EL SIGNIFICADO DEL GASTO PUBLICO **

Cuando asomó el temor a una depresión en la primera mitad de 1953, empezaron las esferas hacendarias a señalar la necesidad y la conveniencia de aumentar el gasto público, a fin de sostener la marcha de la actividad económica y evitar el estancamiento de los negocios y un posible desempleo. Se ha continuado después insistiendo en que un mayor gasto estatal servirá de estimulante a la inversión privada, pero tal concepto ha quedado impreciso en esas insistencias y no está uno seguro de comprender su verdadero significado.

Las personas que observan el curso de los acontecimientos económicos de la sociedad contemporánea con vigilante espíritu, acogen con recelo los anuncios que se prodigan respecto a un "elevado gasto público", pues recuerdan que la manipulación monetaria era una novedad mundial apenas en la década de 1920-30, y que esta manipulación ha facilitado la emisión de moneda excedente para sufragar los gastos presupuestarios que se destinan a curar males nacidos de emergencias que surgen aquí y allá, a consecuencia de ca-

* Publicado en *Excelsior* con fecha 14 de Agosto de 1954.

lamidades incontrastables o de mala política económica las más de las veces.

John Maynard Keynes opinó que la manipulación monetaria no solamente tendría influencia sobre los precios y el comercio exterior, sino sobre la producción y el empleo, y de su teoría ha partido la decisión de muchos gobiernos para embarcarse en inflaciones de gran magnitud, y como la práctica de los presupuestos desequilibrados —*deficit spending*— y la política expansionista de la moneda y el crédito han sido justificadas por tan celebrado economista, se cree que tales principios son la base más segura del mejoramiento económico, de la prosperidad y del auge permanente.

Se incurre en muchas exageraciones en este campo de ideas. Entre ellas figura notoriamente la de considerar los déficit en el presupuesto de los gobiernos como inversiones positivas, pues los defensores de la táctica keynesiana proclaman que la propia naturaleza de los déficit permite gastar lo necesario con el fin de aumentar la demanda efectiva y el desarrollo de los negocios. Por iguales motivos estiman que cualesquier superávit presupuestarios representan, por su propia naturaleza, inversiones negativas. Es decir, se les imputa a los gobiernos que gastan menos de lo que reciben por vía de impuestos y préstamos el delito de ser enemigos del progreso económico y del bienestar social.

Esta explicación inflacionista del problema no se detiene aquí; prosigue diciendo que la formación de capital ha sido posible gracias a una creciente carrera de precios que espolea a la producción y al espíritu de empresa, y que el individuo no habría logrado su nivel actual de vida si la cantidad de moneda hubiera permanecido abajo de su demanda. Y como los economistas han observado que el poder adquisitivo de la moneda sufre una continua depreciación en el transcurso del tiempo, no ha sido difícil preconizar que la inflación crea riqueza y prosperidad, y que la deflación, pobreza y declinación económica. Esta es la esencia de las en-

señanzas de la llamada Revolución Keynesiana, según asientan economistas muy eminentes.

La existencia de una moneda sana y estable, que fué la moneda característica del mundo anterior a la Primera Guerra Mundial, ha pasado a segundo o tercer plano. Hoy día se juzga que ciertas metas de política económica son más importantes, y que la inflación representa un mal menor frente a otros de más cuantía, como una guerra, una prolongada lucha civil o un cataclismo de tales proporciones que pueda traer hambre a las masas. Quienes refutan la teoría del profesor de Cambridge señalan que la victoria de ella se debe a la mentalidad de los gobiernos de los actuales estados semisocialistas, los cuales fomentan la abundancia de medios de pago para financiar empresas no retributivas, sostener a los desocupados y dar alimentos baratos a las clases más débiles.

Los gastos estatales, conforme al pensamiento keynesista, constituyen una buena parte de la demanda efectiva total y excitan la actividad de la vida económica. Combinados con una fuerte propensión al consumo y un vigoroso aliciente a la inversión de los particulares, suministran el impulso necesario para que el alza de precios anime la producción y comprima los salarios reales, requisitos que forman parte de los fines de la política de Keynes. En los primeros años estuvieron de moda las inyecciones temporales de gasto público, pues se pensaba que ayudarían a poner en movimiento las ruedas de las empresas privadas; pero ante la frustración de una práctica tan incompleta como ésa, se pasó a la idea de aumentar permanentemente los egresos presupuestales en obediencia a las normas de la *General Theory* (Teoría General de la Ocupación, del Interés y del Dinero).

Ahora bien, México se encuentra de momento en el sitio preciso en donde se dividen los caminos: o nos conservamos apegados a la tradición de administrar concienzudamente los presupuestos, de manera que se hagan inversiones pero gas-

tando únicamente en la medida de las posibilidades normales, o nos resolvemos a seguir los vericuetos que aconsejan los amigos de la "Nueva Economía", en donde el tope del egreso está determinado con suma latitud. Dentro de ella caben todos los proyectos que requiera un plan de reocupación o un plan dirigido a poner término a los recesos económicos, y también caben programas de simple espectáculo o de condescendencia política.

En la primera forma de actuar se defienden la estabilidad monetaria y la solidez económica; en la segunda se fomentan el deterioro monetario y el desconcierto general. Hay que dejar bien sentado, por vía de aclaración, que cuando se critica o condena la moneda fácil y barata, no se recomienda implícitamente la deflación, pues lejos de corregir este proceso los daños que haya causado la inflación, ocasiona los que habitualmente le acompañan, tan ruinosos, aunque actúan en distinta esfera.

Si pasamos a examinar el problema que plantea esta devaluación en el caso de los resultados hacendarios del corriente año, tenemos que concluir que habrá modificaciones en el monto del presupuesto federal de egresos por virtud de los aumentos directos que han debido hacerse y de los de aquellas partidas que hayan de computarse en términos de la paridad anterior. Estas modificaciones consistirán, *grosso modo*, en la elevación de los sueldos burocráticos, el alza de los precios de los artículos de producción nacional y extranjera que consumen las dependencias públicas, el recargo que entrañan los servicios de la Deuda Exterior y algunos renglones más, todo lo cual desemboca en un dilema inmediato: o se obtienen nuevos recursos o se aplazan algunos capítulos de egreso.

Para continuar un fuerte gasto público y enjugar un probable deficiente, el gobierno cuenta con el impuesto a las exportaciones y el incremento adicional de sus ingresos, como respuesta esto último a "mejores sistemas de recauda-

ción y de una conciencia cívica cada vez más alta” entre los causantes, y seguramente ha pensado incluir también, en las estimaciones positivas de 1954, la revaluación de la reserva metálica al nuevo tipo de cambio.

Es dudoso que tales recursos no induzcan otro proceso de inflación semejante al que se derivó anteriormente de la política de obras públicas, bajo la ilusión de que el aumento de las rentas presupuestales procedía de un ascenso en la economía nacional y no de la presencia de moneda redundante. El hecho de haberse creado una Comisión de Inversiones en la actualidad no deja traslucir aún si tal cuerpo desempeñará sus funciones dentro o fuera del equilibrio presupuestal, y a no ser que a tiempo se aclaren los objetivos exactos de tal organismo, inquietará el recuerdo de otra Junta de Inversiones Públicas que sugirió Keynes en 1938 para compensar las fluctuaciones y la ineficacia de la inversión privada con obras de inversión pública.

Pero en donde más importa esclarecer el significado de la expresión “gasto público”, sin embargo, es en la idea íntima que pueda abrigarse respecto a su finalidad, pues como los principios de la *General Theory* se han aplicado en otros países para resolver problemas de desocupación, y en México es endémico un desempleo disimulado en el campo, resultaría peligroso que nos sometiéramos a la prueba de la teoría keynesiana sobre desocupación industrial en la esperanza de atenuar las condiciones de nuestra vida rural. Debe tenerse por seguro que los resultados constituirían problemas más graves desde el punto de vista hacendario, y que posteriormente hallarían eco en todo el ámbito económico. Hay que precisar que nuestro desempleo campesino arranca de siglos atrás y no debe confundirse con la desocupación que se acumula en plazos brevísimos en los países altamente industrializados, para los cuales expidió el distinguido innovador británico sus famosas recetas.

Para robustecer las consideraciones anteriores solicitemos el juicio de un biógrafo suyo, el cual confiesa que la palabra de Keynes “. . . fue, ante todo, consejo inglés, nacido de problemas ingleses, aunque dirigido en ocasiones a otros países. Era un hombre demasiado insular en su psicología, pero, de modo especial, en materia económica. En todo momento exaltó lo que era una verdad y un acto de prudencia para Inglaterra, como verdad y acto de prudencia para todo tiempo y para cualquier nación.” Y el mismo biógrafo agrega, en otra parte de su escrito, que el keynesismo práctico es un renuevo que no puede trasplantarse a suelo extraño, porque muere y se convierte en venenoso antes de morir.

Toda esta exposición pondría en relieve la conveniencia de puntualizar el significado de “gasto público”. Generalmente se le identifica con el *public spending*, la panacea keynesiana que ha puesto un halo de gloria a la inflación monetaria a pesar de que ésta no crea riqueza adicional; sólo transfiere la riqueza y los ingresos de los grupos menos fuertes a los más opulentos, y tampoco produce el milagro de convertir las piedras en tortas de pan.

El tratamiento posdevaluatorio del estado creado por la desvalorización de abril puede ponernos a cubierto de nuevas devaluaciones, o puede ser el agente más activo para suscitarlas en un plazo menos remoto de lo que podría creerse.

IV

*LAS DEVALUACIONES EN CASCADA **

Un keynesismo a medias fue introducido oficialmente en México para justificar la política de inflación a que se entregaron de lleno gobiernos anteriores. El grupo de sus partidarios actuales está compuesto por algunos discípulos ortodoxos y por las personas que han abrazado la ideología intervencionista en sus varios grados. Junto con los keynesistas del mundo entero afirman que sus ideas no constituyen un sueño dorado, sino que integran una política positiva que han traducido en acción algunos hombres de estado, y que su desviación de la escuela clásica ha sido inevitable para dar paso a sistemas económicos que remedian aquellos males sociales que anteriormente parecían de imposible curación.

Los economistas más reflexivos de todas partes, creyentes aún en la responsabilidad científica, combaten con más o menos vehemencia los principios que postula la Revolución Keynesiana, la cual asimilan a las economías de depresión y la señalan como un plan abortivo en lo que atañe a los problemas monetarios reales de nuestro tiempo. Se debe recalcar que las críticas más objetivas y más demoledoras en este sentido proceden de muchos economistas ingleses, y que

* Publicado en *Excelsior* con fecha 16 de Agosto de 1954.

la idea "a corto plazo" que de la vida tuvo Keynes se da como prueba de que su teoría está llamada a no prosperar, pues al cabo del tiempo la aplicación de ella origina perjuicios más grandes que las ventajas que resultan de atenuar la desocupación crónica; a la larga esa aplicación daña a un mayor número de personas.

Este es el motivo de que haya circulado tan extensamente la frase que se atribuye a Keynes como tácita respuesta a las críticas vertidas contra su teoría: "A la larga todos estaremos muertos." Esta frase es la interpretación moderna del proverbio francés puesto en labios de Madame Pompadour cuando ésta presintió los cambios que traería la Revolución Francesa: "*Après nous le déluge.*" Y es el mismo pensamiento que antes había formulado un desconocido escritor griego, citado por Suetonio, en el siguiente apotegma: "Cuando yo muera, puede arder el mundo hasta consumirse."

Con respecto al tema del presente artículo, empezaremos por recordar que la participación de los gobiernos en el terreno monetario estuvo confinada en su origen a la acuñación de monedas. Que gradualmente fue extendiéndose y que durante los últimos 150 años su influencia sobre los sistemas monetarios ha permitido introducir la política contemporánea como algo especialmente nuevo. Si es verdad que ya no se cercena el valor de la moneda por razones fiscales, osténtase, en cambio, la vana pretensión de resolver con ella problemas de orden social y político, de manera que la estructura monetaria ha quedado maltrecha como resultado de actos deliberados de los gobiernos. Y es lamentable consignar que no han sido ajenos a la ejecución de esta política muchos bancos centrales, cuya intervención ha contribuido a desorganizar la moneda y a socavar el régimen económico, a pesar de que la teoría de la banca central les encomienda fines precisamente opuestos. En buena parte se debe explicar la reciente nacionalización del Banco de Francia y del Ban-

co de Inglaterra como el recurso indicado para que la ingerencia de los gobiernos sea irrestricta.

La transformación del criterio de gobernantes, políticos y economistas, iniciada hace más de medio siglo, facilitó el advenimiento de los patrones flexibles en el período comprendido entre las dos guerras, patrones en los que no existe una ley que fije la paridad monetaria con relación al oro y a las monedas extranjeras; lo hace aquella dependencia oficial que se ocupa de la gestión de los asuntos monetarios, por lo cual la paridad está sujeta a inopinadas alteraciones sin previo aviso al público.

Estos sistemas no cuentan con baluartes inexpugnables al aumento de la cantidad de especies monetarias; al contrario, tal aumento es el resultado común de los presupuestos desequilibrados y del alto coeficiente de operación de las empresas sujetas a tutela oficial, las cuales a menudo trabajan con pérdida. Desde que el estado ha invadido el campo de los negocios privados, el saldo de la hacienda pública en todas partes es más deficitario que anteriormente y ofrece, por tanto, mayores dificultades para nivelarse. Una comparación entre la naturaleza de los gastos actuales y la naturaleza de los egresos que antaño eran la causa de los déficit presupuestales bastaría para determinar sus diferencias, y se comprobaría que cierta proporción de las erogaciones públicas es tan infecunda como un arenal.

En los procesos inflacionarios se acumulan con facilidad otros factores que extreman su peligrosidad. Entre los más conocidos se cuenta el factor del alza de sueldos y salarios, que directamente, sin tardanza y aun adelantándose, repercute en el nivel de precios. La vida monetaria de cualquier comunidad en estas condiciones se encamina por una senda llena de contingencias, pues el economista y el hombre de estado saben que una elevación de importancia suficiente en el pago de los servicios ejerce presión sobre los costos y éstos sobre los precios. Está muy extendida la creencia de que en

tal eventualidad crece una urgencia de más moneda y más crédito para mantener el nivel de producción sin decremento, y como la cantidad de signos de pago en circulación aumenta por este motivo, vuelven a incrementarse los precios, lo cual induce nuevas alzas de salarios, de costos y, finalmente, de precios. La secuencia del fenómeno se repite *ad-infinitum*, y da lugar al mecanismo de los círculos crecientes en la vida de la moneda, que presagian calamidades de toda índole a corto plazo.

Son palpables entre nosotros los indicios de que un malogrado afán de reducir la escasez natural que reina en el país con los pocos recursos materiales de que disponemos, ha orillado a los gobernantes a suponer que la inflación es el medio adecuado para solucionar problema de tan gran magnitud, o para conformar a los descontentos. Esta visión de nuestro panorama económico y social ha infundido ánimos para descargar el peso de muchos capítulos de gasto estatal sobre el presupuesto: unos, destinados a obras materiales y de crecimiento, así como a empresas descentralizadas que operan con pérdida; otros, a conceder subsidios de género diverso y a dar crédito para labores agrícolas y para industrialización; y los últimos, a promover condiciones de bienestar y seguridad social. El financiamiento de planes tan vastos tiene que crear por fuerza moneda redundante.

La consecuencia natural ha sido la depreciación irremediable y constante del poder adquisitivo de la moneda, el cual se ha venido hundiendo y seguirá hundiéndose más, y podrá descender a profundidades abismales. No existe fundamento para suponer que lo que ha sucedido en iguales casos en otras latitudes o en diferentes etapas históricas, dé resultados opuestos en México. Pero más tarde estas desvalorizaciones se precipitan con el ímpetu de las cascadas y producen una situación en donde cada habitante adquiere mercancía que no necesita, o que no necesita cuando menos en el momento de adquirirla; lo que desea es evitar la tenen-

cia de bienes desvalorizados. En un estado tan crítico de la marcha descendente de su poder adquisitivo, muere la confianza de todos en el medio común de cambio.

Muchos ilusos habían creído en el milenio de la moneda fiduciaria, pero luego despertaron a la cruda realidad que mostraba un público con mayor olfato y sagacidad, que ha practicado el atesoramiento en diversas clases de especies monetarias a fin de asegurarse con efectos de valor, quizá en monedas de metales preciosos, en monedas extranjeras o lingotes, y cuando esto no era posible, en piedras preciosas, pinturas, objetos de arte y hasta en estampillas de correo. Este es el resultado inexorable de las devaluaciones en cascada, término por demás expresivo que presenta objetivamente el fenómeno que ocurre en este sector de los problemas monetarios.

En los países en donde la inflación es rápida, la baja del valor de los signos de pago ocurre más aprisa que su incremento, y en tales circunstancias los precios no guardan relación con la suma de moneda circulante; toman en cuenta las condiciones futuras, porque el porvenir desempeña un papel de primera magnitud. Al autor le sucedió durante la gran inflación alemana de 1922-23, que le aumentaran el precio de cada plato de que estaba compuesta una comida en un hotel de la ciudad de Hamburgo, a medida que se la iban sirviendo; la cotización del dólar en la bolsa, alterable a intervalos de minutos, hacía subir a cada momento los números anotados en el menú. Era que se había iniciado el proceso de la expulsión del marco como medio general de cambio; era el comienzo de su desmonetización.

Cuando las devaluaciones se despeñan en cascada, quiere decir que los gobiernos son impotentes para corregir el problema. Entonces inicia el comercio un movimiento para emanciparse de la moneda sujeta a la influencia estatal, pues una moneda que baja continuamente de valor carece de utilidad comercial y obliga a no servirse de ella en las transac-

ciones cotidianas. Tal situación impone la necesidad de pagar los servicios y los artículos más indispensables en cualquier medio de cambio que no sea el que está circulando, el cual pierde en esta virtud su instrumentalidad y queda repudiado estrepitosamente. El colapso es total.

El propio Suetonio narra que el apotegma griego que citamos arriba fue rehecho por Nerón, en la siguiente forma: "Sí, que arda (el mundo) hasta consumirse mientras yo viva", quizá recreándose ante la imaginación del incendio de Roma. ¿Debemos suponer que las personas que desatan inflaciones monetarias responderán como Madame Pompadour? ¿O que imitarán a Nerón, al contemplar impávidas cómo se consume la economía de un pueblo hasta quedar aniquilada y seca?

V

*UNA MONEDA MENOS INSEGURA **

Si recapitulamos los cuatro artículos anteriores llegaremos a convenir en la necesidad inaplazable de afianzar el poder adquisitivo del peso. No debe olvidarse que las condiciones de la moneda se reflejan en toda la economía y que la economía se refleja en las condiciones de la moneda.

Sería pueril contentarse con tener una idea oscura de la génesis del movimiento descendente que ha sufrido el valor adquisitivo de nuestro medio de pago, y que por razones especiales se le buscaran causas extralógicas. Al contrario, conservar las ideas claras acerca del problema trasmutaría su dificultad en una sencilla facilidad para corregirlo, pues la desazón en que al presente vive gran número de personas y las circunstancias económicas mismas del país recibirían mucho alivio si la moneda se tornara menos insegura, como primer paso, a reserva de lograr posteriormente condiciones de completa seguridad y firmeza.

Hemos querido presentar los sistemas monetarios flexibles en sus puntos débiles, por la semejanza que guardan con el nuestro desde que se desmonetizó el oro en 1931, y señalar los peligros a que están expuestos cuando los apremios

* Publicado en *Excelsior* con fecha 17 de Agosto de 1954.

fiscales los inducen a romper los límites que les impone la congénita probidad en que deberían descansar. Luego habrá oportunidad para discutir hasta qué grado el desalojamiento del patrón oro es causante de las vicisitudes monetarias a que se ha enfrentado México durante tantos años.

Aunque por ahora es ocioso esperar una rehabilitación definitiva de la moneda mexicana, no es imposible, sin embargo, darle una estabilidad suficientemente sólida y duradera para despertar la confianza presente y futura del público. La verdadera reconstrucción monetaria es un epílogo que no se alcanzará mientras el resto del mundo atraviese el período de dislocación económica en que vive, y requiere que México adopte medidas de fondo y aliento equivalentes a una reforma radicalísima de muchos postulados políticos que influyen en nuestra vida económica. Conseguir únicamente esa menor inseguridad monetaria exige medidas que son asequibles sin mucha transformación y que pueden tener cumplimiento en el espacio de un período gubernamental.

Reducidas a su expresión mínima dichas medidas, podrían señalarse en las siguientes consideraciones:

1. La falta de seguridad en el valor de la moneda nacional constituye hoy día el problema más urgente y el que repercute con mayores consecuencias en la vida del país. Si quiere hallársele solución dentro del término y en la medida que demanda el público, será indispensable subordinar la política económica y los demás actos del gobierno a la conveniencia de tener una moneda sana y estable. No sería este propósito un mero buen deseo, porque a una política de estos alcances puede imprimírsele toda la efectividad que se necesite.

2. Wilfrid Baumgartner, Gobernador del Banco de Francia, explicaba a cierto Primer Ministro de su país que la causa de la situación económica en que se debate aquella nación, y de la que se lamentaba el ministro recién elevado al poder, consiste en que todos los gobiernos han vivido y

quieren seguir viviendo fuera de sus posibilidades. Es decir, que practican la política conforme a la cual los gobiernos gastan cantidades superiores al importe de lo que recaudan por impuestos y préstamos. En nuestro artículo III presentamos los argumentos de los economistas y gobernantes que proclaman que los presupuestos desequilibrados resuelven situaciones necesarias y generan situaciones fructíferas, y en el artículo IV, los resultados a que puede conducir tal doctrina. La paradoja que más visiblemente salta en el palenque de esta controversia se refiere a la modernidad que se atribuye al desequilibrio hacendario, siendo que este desequilibrio fue la característica de casi todos los países europeos antes del advenimiento de la economía política.

Pero cuando los gobiernos se comprometen a vivir dentro del círculo de sus posibilidades, dejan automáticamente de aumentar la cantidad de moneda redundante, tanto en lo que se refiere a la que lanzan las rotativas fiscales, cuanto a la que produce la expansión de crédito que hacen los bancos privados a través de los asientos de su contabilidad.

3. Como provocar estados de inflación es técnicamente tan simple que pueden incurrir en ella con facilidad las autoridades, la manera de ponerle coto a esta propensión sugeriría adicionar la ley del Banco de México resucitando algunas disposiciones que estuvieron en vigor en la ley de 1936, y agregando otras providencias adecuadas que requiera la presente coyuntura.

Debe concederse primeramente una mayor autonomía al Banco de México en lo que atañe a la influencia directa del gobierno para inducir la creación de moneda por necesidades fiscales, y precisarse los límites que deben englobar las funciones de nuestra banca central. Como esta reforma no sería suficiente en todo tiempo para realizar el propósito cardinal, la función de vigilancia perpetua necesita pasar en cierto modo a manos de todo el país.

Para este efecto sería obligatorio presentar en los estados de contabilidad que por mandato legal publica el Banco de México mensualmente, las cantidades prestadas, directa o indirectamente, a la Secretaría de Hacienda, a los bancos nacionales, a la Nacional Financiera y a las otras dependencias descentralizadas que celebran operaciones de carácter bancario. Estas cantidades y el crédito máximo que fijen los estatutos en favor de dichas entidades figurarían en renglones separados, y en igual forma se darían a conocer la cifra a que asciende la reserva metálica desglosada en sus diversos componentes y el volumen de la circulación monetaria, en sus diferentes capítulos. La inserción del índice entre el medio circulante y la reserva en los estados de contabilidad sería un freno para el gobierno y defendería al Banco de México, pues tal vez evitara que aquél se inmiscuya peligrosamente en el sistema monetario.

Se complementarían esta tendencia a equilibrar el volumen de la circulación con el conjunto de las mercancías y los servicios existentes en la economía nacional en un momento dado, mediante una conducta que no permitiese a los bancos privados, a partir de una fecha juiciosamente escogida, incrementar el total de sus depósitos a la vista o el saldo acreedor de cualquier cliente, si no es creándoles reserva de ciento por ciento mientras no se llegue a la meta de consolidar la confianza interna y externa en la moneda. Sería aconsejable, de igual modo, repensar las reglas de crédito del Banco de México para determinar la suma de presión inflacionaria que llevan dentro de sí los préstamos hechos al amparo del control cualitativo que hoy funciona.

4. Si bien es verdad que hemos reconocido en esta serie de artículos que la balanza de pagos no es la causa original del cambio de paridad en el poder adquisitivo recíproco entre nuestra moneda y las extranjeras, sino la inflación, por otro lado conviene estimular enérgicamente la exportación de toda clase de artículos, pues el fin de tal estímulo sería

obtener la mayor cantidad posible de cambio extranjero únicamente para continuar importando los efectos que son factor inseparable del crecimiento nacional y que surten al país de cosas de que no debe privarse.

Además de requerir esta política una capacitación dinámica para que la corriente de los artículos exportables vaya ensanchándose, debe liberarse dicha corriente de toda traba legal, administrativa y fiscal, con objeto de que tenga una absoluta fluidez. Mientras este proceso puede convertirse en una característica de nuestra economía, los países subdesarrollados compensamos nuestra minoridad en el comercio exterior importando capital de manera continua, pues es una verdad en extremo sabida que para comprar productos extranjeros hay que exportar los nacionales, y que si no puede exportarse tampoco se puede importar, a no ser que la importación de cambio extranjero se haga en la forma ya expresada, de inversiones no nacionales, para suplir las deficiencias transitorias.

El problema de atraer capitales de fuera presenta muchos aspectos espinosos debido a los prejuicios que han invadido a nuestra generación, la cual ha sido incapaz de percatarse de que tales inversiones no son de provecho unilateral, sino que producen ventajas recíprocas. La dificultad mayor no radica en los escrúpulos del país que necesita capital extranjero, sino en la reticencia de los inversionistas, a quienes la recurrente devaluación de las monedas, la falta de hospitalidad para sus capitales y la incomprensión de los efectos que éstos producen, los han convertido en personas de un acendrado escepticismo.

Si pudiera implantarse una política de este género quedaría evitada la inflación, pues el gobierno viviría circunscrito a las fronteras de sus propios medios y el corolario natural sería la restauración de la buena voluntad y la confianza en la moneda; si además se fomentara un clima hospitalario a los capitales extranjeros y se determinara el tipo

de cambio, de modo que fuese una expresión real del valor adquisitivo de la moneda, desaparecería el espectro de las balanzas de pagos desfavorables y el mercado de cambios se cuidaría por sí mismo.

No contiene exageración decir que el estado actual de nuestra vida monetaria es consecuencia de la ideología social a que se han afiliado algunos gobiernos y de la política económica que tal ideología ha debido engendrar. La reforma del sistema monetario y el regreso a una moneda permanentemente sólida son condiciones que presuponen un cambio esencial en varios aspectos de esa doctrina económica. Débese tener presente que la perspectiva del tiempo nos ha hecho perder de vista que los problemas económicos y sociales de México, tal como se interpretaban hace treinta años, han experimentado las alteraciones inherentes a los cambios producidos por la última guerra mundial y por el progreso mismo que hemos alcanzado en muchos órdenes, de manera que el vasto repertorio de ideas políticas que sirven de norma a la solución de nuestros problemas económicos se ha vuelto obsoleto en alto grado.

En cuestiones tales como la producción agrícola y el desempleo oculto en que por siglos han vivido nuestras masas campesinas; la industrialización y el atraso tecnológico; los salarios, la productividad obrera y la política sindical; los monopolios y privilegios económicos; la intervención estatal y la espontaneidad del mercado; algunos impuestos confiscatorios, la formación de capital nacional y la introducción de capital extranjero; la preocupante desnutrición del pueblo y la carencia de viviendas siquiera muy humildes, y otras más que se relacionan con las posibilidades de crear abundancia para elevar el nivel de vida de todos los

mexicanos como meta final; en cuestiones tales, repitamos, muchos criterios vigentes están desconectados de la realidad y de las dimensiones que tiene cada uno de estos problemas.

En vez de acomodar en dichos episodios el pensamiento a lo que son las cosas, se desea que la realidad se ajuste a la imaginación que de cada cuestión se ha creado, y las frases hechas que privan en la vida política, en su convivencia con la verdad de los problemas, nos alejan cada vez más de lo que es evidente. Un gran pensador ha escrito que se necesita proceder con mayor sinceridad en la vida y en la sociedad, porque es la postura opuesta a la de frasificar continuamente, y que la sinceridad permite al hombre amoldar mejor las cosas al perfil de la objetividad.

La extensión de un artículo y la magnitud de los innumerables problemas que constituyen las graves interrogantes del porvenir en la actualidad, hacen imposible que nos ocupemos de las soluciones de fondo que se ocurren para la definitiva rehabilitación monetaria, la cual debe reputarse como el indispensable cimiento de la estabilidad y el avance de la economía mexicana.